

La muerte de Sylvia Plath

MARIO VALDOVINOS

El breve texto que escribe Jillian Becker (Los últimos días de Sylvia Plath, editorial Circe, Barcelona, 2004. Precio de referencia \$2300), publicado en lengua inglesa en 2002, tiene un carácter testimonial; no pretende hacer fiabilidad con el suicidio de Sylvia Plath, ocurrido el 11 de febrero de 1963, una muerte que se perdió en medio de los fantasmas del

ging London de The Beatles y de la revolución sexual de Mary Quant.

Se trata de una especie de deuda que Becker, también escritora, cree haber contraído con su amiga al ser la persona más cercana al entorno íntimo de la Plath. De hecho, a su casa acude la poeta por esos días poseída de serenos depósitos y atormentada por las voces de la autocrítica.

Jillian no reconoce culpa,

en el sentido de no haber intentado disuadirla para que anulara su decisión o la perturbara. Plath buscó refugio donde su generosa antepasada, junto a los dos hijos pequeños que habían nacido en el matrimonio con Ted Hughes, otro poeta, de nacionalidad inglesa. Ted era un íntel genérico y la había abandonado por Aelia Weyll, Sylvia, nacida en Boston en 1932, fue virtuosa para las tareas intelectuales y padecía el síndrome del écho que debía llegar y en la juventud. Su padre, biólogo alemán, murió al cumplir ella los ocho años. El padre fue una sombra reverencial, pero también le heredó la incertidumbre; lo mismo la poeta cuyo seño recibió a temprana edad. Su madre le lee un poema de Matthew Ar-

nold y Sylvia cuenta: "Vi que se me ponía la carne de gallina. No sabía por qué. No tenía frío. ¿Habría pasado un fantasma? No, era la poesía. Una chispa de Arnold se despertó y me sacudió un escalofrío, y tuve ganas de llorar. Me sentía extraña. Había descubierto un nuevo modo de ser feliz".

Las condiciones de la tragedia estaban dadas cuando conoce a Hughes, muere en 1999. Jillian Becker incluye pocos de estos fragmentos biográficos en su libro, y traza una sensibilidad crónica bajo una óptica muy personal, un imperativo en torno a los momentos finales de una vida. Nos enfrentamos, entonces, al itinerario de la agonia, cumplida por una mujer bella, creativa "que parecía-

teme-do-cho", según la visión desde fuera.

No obstante su economía, el testimonio de Becker nos plantea, como un eco, asociaciones y preguntas: ¿Se suicidaron las prácticas depresivas del mismo modo como parece ser inevitable el *hanakiri* para los novelistas japoneses? En el caso de Plath había una historia clínica de desórdenes mentales y episodios; amaba a sus hijos, pero ese vínculo no le bastaba ni pudo salvarla; así también a Ted: ¿la culpó él con su desamor a la muerte? ¿Por qué no fue suficiente para ella el viento de la poesía, que si bien barre los reinos, también los purifica?

A la relación de Ted y Sylvia fue tormenta, más allá de lo terrible; sería algo de aciti-

on, de purgatoria, de culpas y de impulsos destructivos. Se enfrentaban como dos poetas malditos, dos endemoniados que buscaban extinguirse.

Preparó ella su autoeliminación para que su huérfano marido llevara, como en el poema «Batida del viejo marinero», de Coleridge, el espíritu de su vida, no un albatros sino su cadáver?

Quiso ella, en verdad, negarse a envejecer y, a través de la muerte hermosa, quedar eternizada en el mito de las suicidas por amor? Quizás un postero acto testaral que la instalara en la eternidad.

Pero aún no se ha detenido el corazón, dijo en un poema. Sylvia debía cruzar el agua.

En su camino al paraíso.

El Mercurio, Supl. Rev. de Libros 24-IX-2004 P. 7

La muerte de Sylvia Plath [artículo] Mario Valdovinos

Libros y documentos

AUTORÍA

Valdovinos, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La muerte de Sylvia Plath [artículo] Mario Valdovinos

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

